

Mié
25
Mar
2015

Evangelio del día

Quinta semana de Cuaresma

Hoy celebramos: Anunciación del Señor (25 de Marzo)

“El Ángel del Señor anunció a María y concibió del Espíritu Santo”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 7, 10-14; 8, 10b

En aquellos días, el Señor habló a Acaz y le dijo:

«Pide una signo al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo».

Respondió Acaz:

«No lo pido, no quiero tentar al Señor».

Entonces dijo Isaías:

«Escucha, casa de David: ¿no os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, porque con nosotros está Dios».

Salmo de hoy

Sal 39, 7-8a. 8b-9. 10. 11 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R/.

«-Como está escrito en mi libro-
para hacer tu voluntad.»

Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

No me he guardado en el pecho tu justicia,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 10, 4-10

Hermanos:

Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados.

Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dice:

«Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas,

pero me formaste un cuerpo;

no aceptaste holocaustos

ni víctimas expiatorias.

Entonces yo dije: He aquí que vengo

-pues está escrito en el comienzo del libro acerca de mi-

para hacer, ¡oh, Dios!, tu voluntad».

Primero dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley.

Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad».

Niega lo primero, para afirmar lo segundo.

Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo:

«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel:

«¿Cómo será eso, pues no conozco varón?».

El ángel le contestó:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque “para Dios nada hay imposible”».

María contestó:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Y el ángel se retiró.

Reflexión del Evangelio de hoy

«El Señor os dará una señal: la virgen concebirá y parirá un niño, al que llamará Emmanuel»

En medio de las dificultades que pasa el reino de Judá rodeado de enemigos poderosos, con un rey y una sociedad corrompida e idólatra, Isaías anuncia el advenimiento de un niño al que llama “Dios con nosotros”. En medio de la depravación de Ajaz, Dios sigue tendiendo la mano a su pueblo ofreciéndole una salvación segura.

Esta salvación exige del rey y del pueblo una confianza absoluta en el poder de Dios; una confianza que Ajaz no tendrá y preferirá aliarse con los asirios, precipitando la ruina del pueblo de Dios.

Tal vez debemos aprender que la fe y confianza en el Señor no puede estar dividida, sino que debe ser absoluta, alejada de dudas. Solamente así Dios se hará presente en nuestras vidas y podremos vivir felices. Si Dios está con nosotros y nosotros con Dios, ¿a quién podremos temer?

Desde el inicio de la Iglesia se ha interpretado esta profecía de Isaías como uno de los anuncios de la aparición de Jesús, del Hijo de Dios, entre los hombres. Una aparición, una Encarnación, que sigue esperando a que nosotros, las manos vicarias del Creador, hagamos realidad ese reino idílico en el que el mal debe ser el gran ausente.

Dios está esperando que desde el fondo de nuestro ser abramos los brazos y en esa actitud reverente, confiada y esperanzada le digamos: “Aquí estamos Señor para hacer tu voluntad”.

Puede que, si buceamos en lo profundo del texto de Heb 10,4-10, tengamos que hacer una revisión profunda de nuestro comportamiento. Es posible que demos demasiada importancia a la ley sin detenernos a pensar que Dios rechaza los sacrificios cruentos y busca que estemos ahí, listos para hacer su voluntad. Una voluntad que, como siempre, está ceñida por la necesidad de amar al pró(x)imo y a nosotros mismos; entregando todo, sin quedarse nada como propio.

El próximo domingo iniciaremos la celebración de la Semana Santa. Puede que sea un buen momento para imitar al Maestro y tratar de amar a los demás, a la creación entera, como Él nos amó.

«La Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros»

Celebramos con solemnidad, incluso con pompa, algunas de las fechas señaladas en la vida de Cristo. La Navidad, Semana Santa, Pascua de Resurrección, son fechas señaladas y muy celebradas y está bien que lo sean.

Pero hay un día al que se da menos importancia de forma inexplicable. En el momento de la Anunciación se produce la concepción del Hijo de Dios en el seno de María. Es importante el nacimiento, pero es una consecuencia de lo que celebramos este día. Dios no se hace presente en la Nochebuena entre los hombres; Dios se hace hombre en el momento de la aceptación de María. “Soy la esclava del Señor. Que se haga en mí como has dicho”. Este es el punto de arranque de la nueva creación.

¿Habéis mirado con atención la pintura de la Anunciación de Fray Angélico? Siempre me llamó la atención la actitud reverente del Ángel. Me costaba trabajo entender aquel aire de sumisión ante María. Más tarde caí en la cuenta de que el Ángel no está entrando y saludando a María, sino retirándose. “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros” El Ángel se retira reverente porque ya el Hijo de Dios está presente. No venera a María, sino que adora al hijo que ésta lleva ya en sus entrañas. Este es el punto en el que se inicia la plenitud de los tiempos que traerán como secuela nacimiento, predicación, muerte y resurrección. Hitos evidentemente importantes pero derivados de aquella sencilla escena en la que María acepta su elección y el Hijo de Dios toma carne mortal e inaugura su entrada en la historia.

Pocos días faltan para que la Cuaresma de paso a los tiempos pascuales en los que celebraremos que este hombre cuya concepción hoy recordamos, termina su ciclo histórico y entra de nuevo en la eternidad del Dios vivo que nos mantiene, nos soporta y nos perdona porque nos ama y no puede hacer otra cosa sin contradecirse.

Hoy también nos invita la Iglesia a celebra la jornada PRO VIDA. En estos tiempos que nos ha tocado vivir, donde la vida carece de importancia y algunas creencias o formas de vivir la relación con Dios pasan a través del asesinato supuestamente religioso, es necesario que nos entreguemos, uniendo nuestras individualidades en una masa orante, a pedir a Dios que haga llegar su Reino de amor y justicia. Y si dos o más nos reunimos en el nombre del Señor, Él estará con nosotros, pidiendo con nosotros paz y amor para todos.

- *¿Tendremos capacidad suficiente de asombro ante la entrega de sí mismo que Dios nos hace en su Encarnación?*
- *Consecuentes con este asombro, ¿podremos decir de verdad "Aquí estoy para hacer tu voluntad"?*



D. Félix García O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Viveiro (Lugo)

Anunciación del Señor

El escenario

Con motivo de esta fiesta, podemos realizar un viaje espiritual al lugar de la Anunciación de María y Encarnación del Hijo de Dios. Cuando llegamos a Nazaret, lo primero que nos llama la atención es la cúpula que corona la basílica de la Anunciación. Con razón ha sido comparada al cáliz de un inmenso lirio invertido.

Al acercarnos a la basílica todo nos habla de María. Las docenas de brillantes mosaicos, que rodean el atrio a modo de claustro, dedicados a las vírgenes patronas de diversos países. Los bajorrelieves que adornan las fachadas del templo. Y una vez en el interior, las pinturas, las vidrieras, los mosaicos y, sobre todo, la letra "M" que se repite una y otra vez en lo alto de los techos y cie las bóvedas. Todo respira un profundo ambiente que invita al recogimiento y a la oración, que se acentúa, sobre todo, en la cripta.



Precisamente en ese plano inferior se encuentra el lugar más importante de todo el conjunto basilical: restos de un antiguo baptisterio, el basamento que marca el perímetro de la iglesia bizantina y, finalmente, la cueva de la Anunciación. He aquí uno de los lugares más atrayentes para el cristiano que, paradójicamente, se nos presenta revestido de una asombrosa sencillez y pobreza. Una inscripción grabada sobre el mármol del frontal del altar nos recuerda: «Aquí el Verbo de Dios se hizo carne».

Nunca deberíamos olvidar la centralidad de este mensaje tan escueto como fundamental para nuestra fe. La fiesta de la Anunciación a María es también, e indisolublemente, la fiesta de la Encarnación del Verbo de Dios. Es éste el acontecimiento que hace girar los siglos. El comienzo de nuestra salvación. Dios ha entrado en la historia humana. Por medio de la Anunciación a María, Dios se ha hecho hombre para que los hombres podamos participar en la naturaleza divina. La luz ha venido a irrumpir en el mundo de las tinieblas.

Como escribía el papa San León Magno en una carta que la Iglesia lee en este día: «El que es Dios verdadero nace como hombre verdadero, sin que falte nada a la integridad de su naturaleza humana, conservando la totalidad de la esencia que le es propia y asumiendo la totalidad de nuestra esencia humana. Y, al decir nuestra esencia humana, nos referimos a la que fue plasmada en nosotros por el Creador, y que él asume para restaurarla».

Siglos más tarde, en un delicioso sermón predicado en la fiesta de la Anunciación, se preguntaba San Juan de Ávila cómo habría de llamar a este día. Sus mismas preguntas, por retóricas que sean, constituyen ya el esbozo para una excelente y profunda catequesis:

'Si le llamamos día del remedio del mundo, eslo; si día de redención de captivos, eslo; si le llamamos día de desposorios, eslo; si día de dar grandes limosnas, eslo también. El que supo la misericordia, aquél sea el que nos dé a entender el día que es hoy y nos dé a entender cuán grande sea la gracia que hoy recibió el mundo, y la ponga en nuestros corazones, para que la conozcamos.'

Una vida entera no nos bastaría para contemplar la magnitud de este misterio que ha cambiado la suerte de la historia humana.

Ante el misterio

En la cueva de Nazaret algunos peregrinos antiguos dejaron sus graffiti como señal de su visita a un lugar que muy pronto debieron de considerar como venerable. Los expertos han logrado descifrar uno de ellos que aquí interesa recordar: «¡aire», es decir: «alégrate», «Dios te salve», «Ave», Esas palabras del ángel se han convertido en saludo y oración para los cristianos: Ave María, la llena de gracia, el Señor está contigo. En ti y por ti Dios se nos ha hecho Emmanuel, «Dios con nosotros».

Los antiguos padres de la Iglesia gustaron de comparar a María con Eva. Es bien conocido el texto de San Ireneo en el que afirma que 'el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María». Otros, como San Jerónimo o San Juan Crisóstomo, repitieron una y otra vez que si »la muerte vino por Eva, la vida nos vino por María».

La cueva de la Anunciación, en Nazaret, está cerrada por una verja que parece querer evocar la zarza ardiente en la que Dios se mostró a Moisés. Y con razón, puesto que aquí Dios se hace presente y salvador para siempre. En el sermón mencionado al comienzo, San Juan de Ávila compara la encarnación del Señor con el episodio de la manifestación de Dios a Moisés en la zarza que ardía en el desierto. En ambos casos, Dios daba muestras de interesarse por la suerte humana. Pero si en un caso seguía siendo Dios «sin que le costase nada», en el otro se comprometía hasta el fin, asumiendo la suerte del hombre:

«Hombres, no es ya razón tener el corazón de piedra, sino de carne, pues el Verbo de Dios es hecho carne por nosotros hombres y por nuestra salud. Dios encarnó y fue hecho hombre. Acullá se queda en la zarza, y no tocan a él; acá desciende de los cielos y queda hecho hombre.»

En aquel mismo siglo, San Juan de la Cruz plasmaba en un romance, sencillo y profundo a la vez, su alta contemplación de este misterio:

«Entonces llamó a un arcángel que San Gabriel se decía y enviolo a una doncella que se llamaba María, de cuyo consentimiento el misterio se hacía; en la cual la Trinidad de carne al Verbo vestía; y aunque tres hacen la obra, en el uno se hacía; y quedó el Verbo encarnado en el vientre de María. Y el que tenía sólo Padre, ya también Madre tenía, aunque no como cualquiera que de varón concebía, que de las entrañas de ella él su carne recibía; por lo cual Hijo de Dios y de el hombre se decía.»

El Concilio Vaticano II ha dedicado al misterio de la Anunciación de María unas hermosas y profundas consideraciones que podemos recordar en la celebración de esta fiesta. En ellas se subraya especialmente la libre cooperación de María con el designio salvador de Dios:

«El Padre de las Misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyese a la vida (...). La Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como "llena de gracia" (cf. Lc 1, 28), y ella responde al enviado celestial: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Así María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con él y bajo él, por la gracia de Dios omnipotente» (LG 56).

Esta contemplación del misterio de la Encarnación ha alimentado la espiritualidad de los cristianos y ha orientado su presencia activa en el mundo. La Iglesia, imitando de lejos al Verbo de Dios, trata de encarnarse en las realidades de este mundo con el fin de renovarlo con la gracia de su Señor.

En un día como éste, el cristiano encuentra especial sentido a la recitación de una antigua antifona mariana titulada *Alma Redemptoris Mater*:

*Madre del Redentor, virgen fecunda,
puerta del cielo siempre abierta,
estrella del mar,
ven a librar al pueblo que tropieza y quiere levantarse.*

*Ante la admiración de cielo y tierra,
engendraste a tu santo Creador,
y permaneces siempre virgen.
Recibe el saludo del ángel Gabriel,
y ten piedad de nosotros, pecadores.»*

José Román Flecha Andrés.